

# América Latina y el fin de siglo

## *Cuestionario de la revista Nueva Sociedad*<sup>1</sup>

**NS.:** ¿Cuál es el fenómeno de los años recientes o de la actualidad que a su criterio refleja más nítidamente la situación o el momento político, social o cultural por el que atraviesa América Latina?

**FH.:** Creo que en los últimos años ha ocurrido una transformación del capitalismo mundial, que salió a la luz en el momento más dramático de la crisis del socialismo, esto es con la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Yo me encontraba en ese momento en la República Federal de Alemania, y para mí fue clara una conexión simbólica fuerte entre la caída del Muro de Berlín y la masacre de la comunidad jesuítica de San Salvador, ocurrida sólo una semana después. Lo que me llamó la atención de modo especial fue que los medios de comunicación de Europa se concentraron casi exclusivamente en la caída del muro, mientras que el otro acontecimiento, que mostraba de forma tan abierta lo que ahora había llegado a ser el Tercer Mundo, quedó reducido a algunas noticias marginales en la radio y algunos diarios. Se trató de una "liquidación" en el clásico estilo del totalitarismo de los años treinta, mediante la cual se "eliminó" uno de los centros de la teología de la liberación del mundo occidental, y ante la cual los medios de comunicación occidentales reaccionaron de igual manera

---

<sup>1</sup> Publicado en *Nueva Sociedad* No. 139 (septiembre-octubre, 1995).

que lo habían hecho los medios de comunicación de los totalitarismos en los años treinta, mientras los gobiernos occidentales, conducidos por el gobierno de EE. UU. (éste, por medio del FBI, secuestró a la más importante testigo de la masacre y la obligó, mediante amenazas, a cambiar su testimonio), colaboraron para ocultar el hecho. Un mes más tarde se llevó a cabo la intervención militar estadounidense en Panamá, que contó con el consenso de todas las sociedades occidentales. Noticias de esta intervención casi tampoco llegaron. El control de los medios de comunicación en este caso, se realizó también conforme los métodos clásicos del totalitarismo de los años treinta: en la tarde del primer día de la intervención se mató a un periodista-fotógrafo del diario español *El País*, lo que fue una señal eficiente para todos los medios de comunicación allí presentes.

No existe necesariamente una relación causal entre ambos hechos —la caída del Muro de Berlín y la masacre de los jesuitas de San Salvador— aunque el "timing" llama mucho la atención. Pocos momentos históricos de los últimos años fueron tan propicios como éste para la masacre que se realizó en San Salvador. Pero, aun cuando la relación no sea causal, sin duda hay una relación simbólica innegable. Nos muestra que un capitalismo que durante las décadas de los cincuenta y los setenta trataba de aparecer como un capitalismo con rostro humano, se puede presentar de nuevo como un capitalismo sin rostro humano.

Los medios de comunicación de las democracias occidentales hablaron más bien del escritor Rushdie. Éste había sido amenazado de muerte en Teherán. Viviendo Rushdie en Londres, la señora Thatcher lo protegió y él salió vivo. En ese mismo tiempo, durante muchos meses del año 1989 hubo una campaña de prensa en El Salvador que amenazaba la vida de los jesuitas. Éstos, sin embargo, se hallaban en El Salvador y, por tanto, bajo una amenaza mucho más seria. Las agencias de noticias de las democracias occidentales estaban tan representadas en San Salvador como en Teherán. Especialmente la agencia Reuter, que alarmó de modo tan eficiente a la opinión pública sobre el caso de Rushdie, tenía una representación en El Salvador igual que la tenía en Teherán. No obstante no llamó la atención sobre las amenazas públicas hechas en contra de los jesuitas de El Salvador, por los militares de este país. Estas agencias tampoco hablaron después de la masacre, sino que siguieron hablando de Rushdie, quien ya estaba en un lugar seguro. Margaret Thatcher tampoco mostró el más mínimo interés en los jesuitas, ni antes ni después de su muerte. En América Latina hay muchos Rushdies, pero jamás tienen protección. Se los mata, y ninguna democracia occidental se molesta.

El conocido filósofo francés Glucksmann, en su *laudatio* para Havel, quien recibió el premio de la paz de los librerías alemanas,

habló de tres héroes de la lucha contra el totalitarismo en el año 1989: Solschenizyn, Rushdie y Havel<sup>2</sup>. Sin embargo, estos luchadores, a los que les tengo mucho aprecio y sentido de solidaridad, están vivos. Los que han luchado por la libertad en América Latina y el Tercer Mundo, en cambio, son matados por donde se mire. Y son matados por democracias occidentales. Democracias occidentales de El Salvador, Brasil, Colombia, Perú, Venezuela, Honduras, que cuentan con el apoyo indiscriminado de las democracias occidentales de Europa occidental y de EE. UU. La masacre de los jesuitas es solamente uno de muchos casos. ¿No serán ellos los verdaderos héroes de la lucha en contra del totalitarismo a partir de 1989? ¿No son curiosos esos países socialistas "totalitarios", donde se lucha contra de totalitarismo sin arriesgar la vida? Las democracias occidentales, por su parte, disparan y celebran sus premios de la paz, sin hablar siquiera de la guerra contra la libertad del espíritu que ellas llevan a cabo.

Glucksman, dijo: "Fijense bien, en el año 1989 se anuncia el fin de este siglo"<sup>3</sup>. ¿No será acaso la masacre de San Salvador el acontecimiento del año 1989 que nos anuncia precisamente lo que viene?

NS.: Entre las perspectivas utópicas y las predicciones de desastre, ¿cuál será según su criterio el panorama de América Latina al cabo de las dos primeras décadas del próximo siglo?

FH.: Evidentemente no se puede hacer predicciones clarividentes, sino sólo algunas proyecciones a partir de lo presente. Muchas veces, el sentido de las proyecciones es aportar por medio de la misma proyección a un desarrollo contrario a ésta. Por eso, las proyecciones no son necesariamente falsas si no se cumplen. La confirmación de su razón puede estar precisamente en que no se cumplieron. Esto vale para algunas de las proyecciones que me atrevo a hacer en las líneas que siguen. El contexto aclara a cuales de las proyecciones se refiere eso.

En la antigüedad, en cierta ocasión en que el rey Pirro ganó una batalla, dijo: "Otra victoria así, y estoy perdido". En adelante, Pirro se cuidó y no intentó otra batalla del mismo tipo. Por eso se mantuvo como rey. Considero que en América Latina, lo que se llama neoliberalismo ha tenido menos cuidado que el rey Pirro. Ganó una segunda batalla, y por eso está perdido. Sin embargo, todavía guarda sus ilusiones.

---

<sup>2</sup> Ver *Friedenspreis des Deutschen Buchhandels 1989. Václav Havel. Ansprachen aus Anlaß der Verleihung*. Frankfurt a.M., 1989, págs. 35s.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 36.

Supongo que los años venideros serán años de crisis del neoliberalismo y de sus programas de ajuste estructural. La actual crisis de México parece ser de este tipo, con el peligro de una extensión continental y hasta mundial. Para enfrentarla, el gobierno de EE. UU. considera necesario un apoyo de cuarenta mil millones de dólares, es decir, la mitad del Plan Marshall para Europa de los años cincuenta, medido en precios constantes. Esta suma no representa ningún aporte para el desarrollo del país; servirá para tapar hoyos, y nada más. Si la crisis se extiende, no habrá fondos financieros en el mundo entero para actuar. El ajuste estructural destruye de una manera tal la capacidad productiva de los países, que éstos no pueden enfrentar ninguna crisis seria. El caso de la Alemania exsocialista también es sumamente instructivo. Se trata de un país de quince millones de habitantes. Desde la caída del Muro de Berlín en 1989 hasta 1994, Alemania occidental transfirió a Alemania exsocialista una suma equivalente a toda la deuda externa de América Latina, esto es, alrededor de cuatrocientos mil millones de dólares. Aun así Alemania oriental es un país empobrecido, que todavía hoy tiene un producto nacional bruto menor del que tenía antes de su colapso. Si eso pasa con un país de quince millones de habitantes, ¿qué no pasará con el desarrollo del Tercer Mundo con sus tres mil millones de habitantes? El ajuste estructural produce situaciones en las cuales no hay posibilidad de obtener sumas de dinero para salvarse. Los países que se escapan, son pura excepción.

El crecimiento demográfico de ninguna manera es la causa de estos fenómenos, aunque sea uno de los fenómenos agravantes. Si de la población mundial actual la mitad está excluida, eso no significa que si únicamente hubiera la mitad de esta población, todos tendrían trabajo e ingresos. Al contrario. Si hubiera sólo la mitad de la población de hoy, la mitad de esta mitad se hallaría en condiciones iguales de exclusión. Y si hubiera apenas un millón de habitantes en la Tierra, la política de ajuste estructural aseguraría que la mitad estuviesen condenados a la exclusión.

La victoria de la Guerra Fría sobre los países socialistas fue la primera victoria pírrica. La segunda, de la cual no hay recuperación, es el éxito logrado en la imposición del ajuste estructural sobre el mundo entero. El proyecto más gigantónomo del siglo XX es a la vez su proyecto más suicida.

La otra cara de esta victoria del ajuste estructural es la destrucción de los movimientos populares, y con ellos de la sociedad civil. En América Latina y en otras partes del Tercer Mundo es el resultado inmediato del terrorismo de Estado apoyado --a veces incluso dirigido-- indiscriminadamente por las democracias occidentales del centro. Pero es a la vez una destrucción de la conciencia de resistencia, que ha ocurrido y no se explica solamente por el terrorismo. Es la izquierda misma la que transformó su derrota en

una derrota en su propia alma. En vez de transformarse a sí misma, se autodestruyó como respuesta a este terrorismo, interiorizándolo. Hay muchos nuevos movimientos, si bien todos se encuentran en situaciones precarias. Sin embargo, aparece una nueva sociedad civil, apoyada por instancias como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Lo mejor es darle el apellido tan acertado que Stalin dio a este tipo de movimientos: correas de transmisión. La victoria que se logró en los países socialistas al transformar los movimientos populares autónomos en correas de transmisión, fue una de las más importantes razones de su derrota posterior. Esta misma victoria la pueden celebrar hoy los dueños de la política del ajuste estructural. El resultado será el mismo. Por eso merece también el otro apellido que tanto le gustó a Stalin: lucha de clases desde arriba.

Descubrimos que organizaciones populares autónomas con capacidad de resistencia —en situaciones extremas inclusive de resistencia armada— son imprescindibles para la organización racional de una sociedad moderna. Sin ellas, no hay ni racionalidad económica posible. Los mitos de la racionalidad del automatismo del mercado no son más que mitos. Si se le deja cancha libre, el automatismo del mercado destruye a los seres humanos y a la naturaleza. Pero son igualmente imprescindibles para conseguir sociedades con respeto a los derechos humanos y con vigencia de una ética básica de convivencia. El Estado de derecho no garantiza de por sí los derechos humanos; sí garantiza que, si son violados los derechos humanos, eso ocurra en el marco de las leyes vigentes. Actualmente, ni la tortura sistemática puede evitarse por la imposición de Estados de derecho. Si no existe organización popular con la capacidad de creación de una ética básica, se realiza lo que ahora se anuncia: la democratización del totalitarismo, que consiste en la apropiación de la democracia por el propio totalitarismo. Hannah Arendt fue la primera que percibió este peligro, aunque todavía no usó esta palabra. Cuando hoy en España hay un escándalo por la presunta participación del Gobierno en la acción de los escuadrones de la muerte GAL, no se debe a ningún Estado de derecho, sino al rechazo de parte de la población, de movimientos populares y de personajes honrados, que rechazan estas violaciones de los derechos humanos. Donde no hay reacciones de este tipo o donde no puede haberlas, el Estado de derecho se transforma en canal de estas violaciones.

Hay muchos países de América Latina que atestiguan este hecho. Un caso ya clásico es el de Mittrioni en Uruguay. Mittrioni era un torturador profesional estadounidense, que había aprendido su oficio en la guerra de Vietnam. El gobierno de EE. UU. lo mandó a Uruguay, para enseñar las técnicas más avanzadas de tortura a los militares uruguayos. Fue financiado por la Agencia Internacional

de Desarrollo y declarado como un "asesor de desarrollo". Los tupamaros lo condenaron a muerte y lo fusilaron, sin torturarlo. Lo justificaron sosteniendo que no había tribunal en el mundo para denunciarlo. El Estado de derecho de EE. UU. no acepta denuncias de este tipo, y el Estado de derecho en Uruguay tampoco. Mitrioni fue enviado por un Estado de derecho hacia un Estado de derecho en nombre del Estado de derecho. Los tupamaros citaron a John Locke: "Donde no hay juez, cada uno es juez". Sería bueno saber alguna vez de parte de nuestros ideólogos del Estado de derecho, qué consideran ellos de la posición correcta de parte de los tupamaros. Declararlos terroristas no es ninguna respuesta. No lo es tampoco para mí, aunque no comparto la actuación de los tupamaros.

Creo que ésta es la crisis en curso. En los marcos del sistema actual no tiene solución. Teniendo el sistema todo el poder, como nunca antes lo tuvo sistema alguno en la historia humana, con seguridad no se trata de una crisis corta. Se la debe entender como crisis de desmoronamiento y de decadencia. Por eso mismo, un cambio no puede venir solamente de movimientos alternativos. Pensar de nuevo en movimientos populares que responden a la lucha de clases desde arriba con una lucha de clases desde abajo, me parece ilusorio. El sistema ha demostrado tener todo el poder y toda la decisión para aplicarlo sin consideraciones de ninguna clase: las guerras del sistema son de tierra quemada.

Sin embargo, no creo que efectivamente tendrá la capacidad de llevar su proyecto hasta el final amargo total. Pero eso es más un acto de confianza, que el resultado de algún cálculo hacia el futuro. Cualquier proyección desde la actualidad hacia el futuro tendría que llegar a una perspectiva catastrófica. Tendría que decir —de manera postmoderna— con Dennis Meadow, autor de *Los límites del crecimiento*, editado por el Club de Roma:

Suficiente tiempo he tratado de ser un evangelista global, y he tenido que aprender que no puedo cambiar el mundo. Además, la humanidad se comporta como un suicida, y ya no tiene sentido argumentar con un suicida, una vez que haya saltado de la ventana<sup>4</sup>.

Existen, no obstante, algunas razones para pensar en un resultado diferente en el curso de las próximas décadas. Por un lado, hay una significativa reconstitución de los movimientos populares, que vuelven a aparecer a pesar de las represiones que sufren. Y, lo que también es importante, en su conflictividad no se entienden

---

<sup>4</sup> *Der Spiegel* No. 29 (1989), pág. 118.

como la contrapartida maniquea de la lucha de clases desde arriba que está en curso. Está apareciendo un proyecto de sociedad que no pretende la totalidad del capitalismo, que su gurú más importante, Milton Friedman, llama "capitalismo total", ni la totalidad pretendida por el socialismo histórico. Por otro lado, la crisis del sistema actual no desmorona sólo a los explotados, excluidos y dominados, sino al núcleo del sistema también. No se enfrenta una sociedad integrada —que se llama desarrollada— con un mundo desintegrado y marginado afuera. La misma sociedad integrada se desintegra. La sociedad integrada se disuelve y ella misma necesita una solución. Aún la busca en la acción represiva y policial. Aparecen grandes campos de internamiento (en este momento, EE. UU. tiene más de treinta mil cubanos en estos campos), y de nuevo deportaciones masivas de los tal llamados "ilegales". Estos son personas completamente inocentes, que son tratados como criminales y muchas veces peor. Eso desintegra la sociedad integrada, ya que cada vez más actividades de afirmación de los derechos humanos son transformadas en actividades ilegales. Sospecho que con estos conflictos internos, y otros que por falta de lugar no puedo mencionar, la democratización del totalitarismo llegará a límites. Es posible que de esta manera, los propios grupos dominantes acepten una apertura que haga posible la constitución de una sociedad diferente. Sé que esta confianza tiene razones bastantes débiles, pero no la quiero excluir. Sin embargo, estoy convencido de que sin este cambio de sectores importantes de los grupos dominantes no hay salida. Por primera vez en la historia, su poder es efectivamente total.

El problema está presente en un viejo mito judío que me preocupa desde hace muchos años, y sobre el cual he escrito un libro con el título: *La fe de Abraham y el Edipo occidental*. Viene de un tiempo arcaico en el cual el padre tenía que sacrificar a su hijo primogénito en el altar de algún dios. Según el mito, Abraham sube con su hijo Isaac a un cerro para sacrificarlo, y así cumplir la ley. El mito deja entender que Isaac se resiste. Se convierte al asumir su propia dignidad, lo que no es compatible con la aceptación de ser sacrificado. No obstante, Abraham tiene todo el poder sobre él y lo amarra en el altar para matarlo. Pero en ese momento Abraham se convierte también. Ve el rostro de Isaac y le surge su fe: esta fe se confirma al *no* matarlo. La conversión es doble y complementaria. Isaac se convierte al resistirse a ser sacrificado. Abraham se convierte al reconocer a Isaac como ser humano vivo, que no vive para morir. Renuncia a ser sacrificador. Por tanto, viola la ley que prescribe el sacrificio del hijo primogénito. Convertidos los dos, pueden bajar juntos del cerro. La conversión no es posible si el dominador no se convierte también. La conversión es una relación de reconocimiento mutuo, aunque conflictivo.

Esta conversión tiene dos elementos por destacar.

Uno, es el hecho de que es contado en una sociedad patriarcal por los propios patriarcas. Por eso se habla de la fe de Abraham, que es el patriarca. Sin embargo se trata de la fe de los dos: de Isaac y de Abraham. En su relación se origina la fe, y el punto de partida es la conversión de Isaac, quien no acepta ser sacrificado. Pero, sin la conversión complementaria de Abraham no se puede superar el sacrificio. El hecho de que Isaac sea un hombre, no me parece mayormente relevante. Hay mitos parecidos en los cuales son hijas quienes son sacrificadas, por ejemplo la hija de Jefe o Ifigenia, la hija de Agamenón. No obstante, en estos dos casos no hay conversión de la víctima. Posiblemente sea un problema del patriarcado el hecho de que la única vez que se habla de la conversión de la víctima, que como resultado de su conversión resiste, sea un hombre. Aunque en el caso de la Ifigenia de Esquilo, ella se resiste. Sin embargo no ocurre la conversión de Agamenón. En todo caso, lo que es patriarcal es la narración. El mensaje pasa por encima del patriarcado y en su lógica, lo condena.

El otro hecho es la ambigüedad del mito en su forma judía. Se lo puede leer de dos maneras. Según una, la fe de Abraham consiste en el mérito de estar dispuesto a matar y sacrificar a su hijo, siendo considerada suficiente por Dios la buena voluntad de matarlo. De acuerdo con la otra, que me parece ser su significado original, la fe de Abraham está en el reconocimiento de Isaac como persona, lo que excluye la posibilidad del sacrificio. Es la ambivalencia entre la autoridad y la libertad. Pienso que esta ambivalencia puede ser intencional e inclusive prudente. La autoridad es sacrificial y lo será. La ambivalencia del mito evita la solución maniquea, que solamente puede escoger entre la anarquía de parte de Isaac y la autoridad total de parte de Abraham.

NS.: A partir de los cambios de los últimos tiempos y de acuerdo con el contexto actual, ¿cómo analiza la colocación o el eventual desafío de los intelectuales dentro de nuestras sociedades?

FH.: Esta pregunta me permite comentar la actual situación del intelectual en América Latina. Considero que la teoría social en buena parte ha dejado de ser teoría crítica. Y una teoría que no es crítica, pierde su principal razón de ser. El sistema exigió ser legitimado, y la mayoría de los intelectuales lo legitimó.

Éste no es un fenómeno que se refiera únicamente a los intelectuales que se llamaron de "izquierda". En las décadas de los cincuenta y los sesenta, la ciencia social en general tenía una disposición crítica. Una teoría social crítica no necesariamente es anticapitalista (en el sentido maniqueo acostumbrado) o antisocialista. Lo que hace crítica una teoría es su capacidad de cuestionar



el sistema social vigente en función de las condiciones de posibilidad de la vida de los seres humanos que lo integran.

Ahora bien, la crisis del neoliberalismo hoy se deriva precisamente de la destrucción de las condiciones de posibilidad de la vida humana en el mundo actual. Se trata de la destrucción tanto de seres humanos y de la naturaleza, como igualmente del desmoronamiento de las relaciones sociales en todas sus dimensiones. En una situación tal, es de importancia vital el desarrollo de una ciencia crítica, no sólo en las ciencias sociales, sino también en las naturales (por ejemplo la ecología). Su surgimiento necesita sin duda una autorreflexión de parte de los propios científicos.

Al perder su criticidad, las ciencias sociales en América Latina se han concentrado en la aclamación vacía de principios eternos abstractos. La teoría de la democracia se transformó en la afirmación de elecciones "técnicamente" correctas. La teoría económica bajo el dominio neoliberal es más bien una afirmación de principios eternos de mercados eternos, que viven de una competencia y eficiencia también eternas. Para la teoría abstracta de la democracia, las tendencias actuales a la democratización del totalitarismo son invisibles por completo. Ella no desarrolla ningún instrumento para su análisis. No está en cuestión la democracia, sino el totalitarismo que se desarrolla en su interior. En cuanto a las teorías económicas del campo neoliberal, éstas no son capaces siquiera de concebir los inmensos costos en vidas humanas y naturaleza destruidas, que estas políticas producen. Para los mercados abstractos eternos no es visible el hecho obvio de que los billetes de dólares no se pueden comer.

Sin embargo, América Latina tiene una tradición de pensamiento teórico crítico. En las décadas de los cincuenta y los sesenta surgió aquí la teoría de la dependencia, que tenía este carácter. No era una teoría de la "izquierda", sino una teoría con varias corrientes, entre ellas también teorías de la izquierda. Entre sus fundadores se encuentran los más importantes teóricos de la CEPAL. Esta teoría tenía una gran ventaja. No aclamaba verdades eternas, sino que realizaba análisis concretos del mercado mundial, de la inserción de América Latina en él y de las tendencias fundamentales del sistema económico mundial. De esta ventaja se deriva el hecho de que contiene asimismo errores y equivocaciones. Esto la distingue de las verdades eternas de la teoría de la democracia actualmente en boga, al igual que de las teorías del campo neoliberal de hoy. Éstas no se equivocan nunca, y jamás se ha hallado un error en ellas. No obstante, eso no demuestra que tengan razón, sino sólo que son tautológicas.

Las dictaduras de Seguridad Nacional en América Latina se dedicaron a falsar la teoría de la dependencia, principalmente por medio de su terrorismo de Estado. Popper —en algunos casos como

en Uruguay— era su “filósofo de la corte”. Pero los teóricos de la dependencia se encargaron de interiorizar su derrota, transformándola en una derrota en el alma. Con pocas excepciones, la teoría de la dependencia desapareció. No desapareció la dependencia. Ésta más bien aumentó hasta niveles inauditos. Desapareció, sin embargo, la reflexión teórica sobre ella. Es decir, cuanto más dependencia, menos espacio social para reflexionarla. Cuando la dependencia es total, la reflexión acerca de ella tiende a desaparecer.

Un cuerpo teórico científico —y no tautológico— necesariamente manifiesta errores en el curso de su desarrollo. Frente a la teoría de la dependencia se interpretó estos errores como razones de su caducidad. Eso en las ciencias es un absurdo. Las teorías no son conjuntos estáticos, que contienen la verdad de una vez, sino conjuntos en desarrollo que van construyéndose en el camino del conocimiento. Este desarrollo también tiene rupturas, si el conocimiento lo exige. Pero en el caso de la teoría de la dependencia no se trató de una ruptura de este tipo. No hay mejores explicaciones, simplemente se eliminó el campo por investigar. Se borró el análisis del problema, apoyándose en o interiorizando el terrorismo de Estado que perseguía a esta teoría.

Para el pensamiento crítico en América Latina esto ha sido una experiencia traumática. Aunque los traumas se superan tomando conciencia de ellos. Por eso creo que en América Latina no se podrá constituir de nuevo una ciencia crítica, sin retomar la propia teoría de la dependencia desarrollándola para la situación actual. No obstante tiene que desarrollarse en términos más amplios que antes. Así, si bien la crítica de las teorías económicas dominantes sigue siendo un pilar imprescindible, la crítica tiene que ser ampliada hacia el campo del medio ambiente, de la teoría de la democracia y hasta de la psicología. Igualmente, tiene que abarcar la teoría de las ciencias. Ésta forma un campo en el cual las teorías del *statu quo* se apoyan, principalmente para negarse a la discusión de la problemática de las condiciones de posibilidad de los seres humanos.

El *statu quo* se defiende mediante la tesis de la caducidad de los paradigmas. Pero, en buena parte, el fin de los paradigmas no es más que su abandono. Eso se nota en el hecho de que las voces principales del fin de los paradigmas, jamás hablan del fin del paradigma del mercado y de su automatismo autorregulador y conciliador de todos los intereses humanos. El fin de los paradigmas es el dogmatismo de un solo paradigma incuestionable, en nombre del cual el totalitarismo es hoy democratizado. Es el paradigma de la homogeneización y globalización del mundo en nombre del “capitalismo total” de Milton Friedman.

De lo que se trata en la actualidad es de conseguir la relativización de todos los paradigmas homogeneizantes, globalizantes y

totalizantes. En el mundo de hoy el único paradigma vigente de este tipo es precisamente el paradigma neoliberal, tan acariciado por los predicadores de la caducidad de los paradigmas. Esta relativización tiene que ocurrir en nombre de las condiciones de posibilidad de la vida humana (siendo la vida humana no la vida de la especie, sino de cada uno de los seres humanos). Los pretendidos críticos del universalismo en nombre de la postmodernidad luchan contra fantasmas que tenían importancia cincuenta años atrás, para no enfrentarse a los problemas reales de hoy. Que se den cuenta de que el socialismo histórico ha desaparecido, pues siguen luchando contra él. Que por fin se den cuenta de que ahora se trata del neoliberalismo y de su política de ajuste estructural. En el caso de emprender esta lucha, se tratará de una lucha perfectamente moderna, sin ningún escape hacia alguna pretendida postmodernidad.

El fin de los paradigmas no es más que otro anuncio del fin de la historia. Personalmente estoy harto de estos anuncios del fin de algo, que jamás desaparece. "Fin de los paradigmas", "fin de la historia", "fin de las utopías", "fin de la metafísica", "fin de la dialéctica", "fin del Estado", fin de las relaciones mercantiles", "fin del matrimonio", "fin del arte", "fin del humanismo", "fin de la modernidad", etc. Hay un sinnúmero de finales que se anuncian todo el tiempo. A cada uno se le ocurre algo diferente, cuyo "fin" anuncia. Estos finales se juntan con "últimas batallas" que aparecen no solamente en el canto de la Internacional, sino también por todos lados. Nixon anunció la guerra del Golfo como última guerra, para que nunca más haya guerras. Hayek, otro gurú neoliberal, anuncia la última batalla en contra del socialismo, lo que viene a ser una última batalla contra la última batalla. Probablemente será la peor última batalla de todas. En la misma dirección apunta la última batalla que ahora propaga Huntington: El Occidente contra el resto (*The west against the rest*).

Lo más enigmático de todo esto es que aquellos que hoy hablan del "fin de los paradigmas", del "fin de las utopías" y del "fin de la historia", se sienten postmodernos. Si la modernidad tiene que superar algo, se trata justamente de estas declaraciones de finales de este tipo y de las políticas correspondientes. El problema de la modernidad es su incapacidad de reconocer la condición humana. Estos paradigmas, las utopías y la propia historia, cuyo final se anuncia en la actualidad, nacen de la condición humana y se refieren a ella. La negación postmoderna de la condición humana sólo nos obligará a repetir todas las desgracias de la modernidad y algunas más. La modernidad necesita tomar conciencia de sí misma; también de los horrores únicos de la historia humana que ha producido. Eso no es ninguna postmodernidad. No es otra cosa que el sueño ilusorio de algunos adictos del capitalismo total.

Todos estos anuncios de algún final y su última batalla consiguiente, no son sino maneras de constituir principios abstractos en nombre de los cuales se adquiere la legitimidad de seguir destruyendo las condiciones de la posibilidad de la vida de los seres humanos. Una teoría crítica tendría hoy que buscar cómo salir de estos absurdos. Estimo que hay que buscar la salida por la relativización de todas las instituciones humanas y de sus abstracciones correspondientes por las condiciones de posibilidad de la vida humana. Pero se trata de una relativización, no de algún nuevo anuncio del "fin" de algo. Esta relativización es una mediación de toda institucionalidad humana por las condiciones de posibilidad de la vida humana como su última instancia. Esto se resume mejor por el imperativo categórico afirmado por Marx, cuando habla del

...imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable <sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Marx, Carlos. "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Crítica de la religión", en Fromm, Erich. *Marx y su concepto del hombre* (Karl Marx: Manuscritos económico-filosóficos). México D. F., FCE, 1964, pág. 230.